

respuesta a octavio paz

Señor Director:

En el número del 12 de diciembre de 1977 de la revista *Proceso*, Octavio Paz se refiere a un ensayo mío ("El espacio poético de los setentas", aparecido en "La Cultura en México", suplemento de *Siempre!*, núm. 745, 25 de mayo de 1976, recogido en mi *Crónica de la poesía mexicana*) y a unas declaraciones que hice a Margarita García Flores (*La Onda*, 4 de diciembre de 1977). Quisiera comentar algo al respecto:

1) Octavio Paz leyó arbitraria y autoritariamente mi ensayo para encontrar en él lo que quería encontrar, y no lo que estaba escrito; Paz suele caricaturizar *previamente* al adversario a fin de enfrentarse solamente a la caricatura que él mismo fabrica. Para Paz, por ejemplo, soy una especie de diputado priísta capaz de sostener que "*El mono gramático* es una obra que transparenta mi desprecio por los hombres del tercer mundo"; nunca hablé de "tercer mundo" ni el verbo "transparentar" es de mis favoritos.

Por el contrario, me referí a la arrogancia, al autoritarismo, a la ceguera ante la realidad cotidiana e histórica, como elementos *básicos* del personaje y de la literatura de Octavio Paz. Y lo criticé, sobre todo, por mitologizar en provecho "poético" de sí mismo, una realidad mexicana y una realidad hindú que no están hechas de tan muscográficas y suntuarias mitologías. No le reprocho un leve tercermundismo, como él desea (creyendo que la estupidez de un detractor sería prueba de su "Iluminación" personal). Le critico que reduzca la alta cultura y la función del intelectual a un rito dionisíaco en una realidad de monos . . . un rito divino premiable, home-

najeable, fotografiable, sujeto de culto y adulación, tema de tesis universitarias norteamericanas, altar del incienso académico.

2) No le gustan los monos a Paz. Tan llama "mono" a lo que desprecia que califica mi ensayo de "monada", y también me dice "rapaz" y "perrito incontinente que se orina a sus pies" (¿basálticos o mármoleos?). ¿Cómo es que Paz, entonces, se escandaliza de mi "desfachatez" al criticarlo? ¿Pretende que se le critique con incienso para que responda, como siempre, con escupitajos? Si hay jóvenes que no queremos respetar a ciertos viejos es porque hay ciertos viejos que no saben o no quieren —que no han sabido y no han querido nunca— respetar a los jóvenes. Por mi parte, entre otras "monadas", dije que *Vuelta* me parecía un libro de poeta chocho. Como se ve, en cuanto a mala crianza y majadería, no soy el único culpable. Más bien, quedamos empatados.

3) Lo que parece haberlo irritado es esta declaración: "Me gustaría saber —dije— de qué riesgos está hecha la obra de Paz, y si no, por el contrario, como supongo, es una alevosa capitalización de las glorias prestigiosas sin sus riesgos, es decir, la literatura de Contemporáneos sin su reto moral, el surrealismo sin el riesgo de la escritura automática, el nacionalismo sin 'el exceso patrioter' y el socialismo sin el estalinismo, etc." Paz se ha cuidado mucho de desentonar con la imagen de autor "inmaculado", trepado en el "lado bueno" de la historia como en su pedestal particular y exclusivo. Su obra y su personaje están *calculados*, dispuestos en la pose conveniente para la fotografía inmortal, los premios y los folletines de prensa, los elogios y los homenajes.

Así, Paz cultiva un arte culto, hermético, especializadísimo, que *no* lo enemista con la sociedad a la que supuestamente ese arte ataca; por el contrario, Paz consigue con semejante posición estética un mandarín intelectual mucho más autoritario y suntuoso que muchos cacicazgos. Los Contemporáneos, en la época en que escribieron sus grandes obras, en cambio, sí recibieron (en sus mejores casos: Cuesta, Novo, Villaurrutia, Pellicer, Owen, Gorostiza) la enemistad del poder y de la sociedad por su arte, sus costumbres, su vida privada y pública, su inteligencia; su arte les costó ser perseguidos, silenciados, ninguneados, atacados, cesados, corrompidos y hasta desesperados. "Para este joven, comenta Paz, el patriotismo y el stalinismo son riesgos y oponerse a ellos es una capitalización alevosa. Sus cargos son descargos." Nuevamente, imposibilitado para enfrentarse a un adversario real, Paz me sustituye con una caricatura elemental e inofensiva, a la que se hace la ilusión de vencer con un mohín despectivo. Pero yo no soy esa caricatura: insisto en lo que está escrito pues, por lo general, más que oponerse al patriotismo y al stalinismo, Paz se ha dedicado a satirizar con tales términos a sus enemigos y rivales, y a santificarse a sí mismo por

estar "descargado" de ellos. Satanizando como stalinista a Neruda, por ejemplo, Paz aspira a quedarse con todo el prestigio poético y moral de América. Satanizando a la izquierda pretende monopolizar el camino de la virtud política en sí mismo. El patriotismo y el stalinismo son las *palabras* con que Paz quisiera deshacerse de los demás; y nunca, para él, circunstancias históricas, rastreables y explicables, en las que pudieron existir, *además* de los horrores históricos conocidos, algunas personas y grupos generosos y solidarios, que para construir la patria o el socialismo vivieron un proceso arriesgado, que merece un análisis más profundo y desprejuiciado. El nacionalismo de Paz, pulido y discreto, da a su obra, en el extranjero, el aura mágica y pintoresca de un México museográfico; mientras que en México funge como conocimiento europeo desdeñoso de la realidad nacional, a la que Paz sólo recurre para estetizarla: sus "hijos de la chingada" le sirven como frase filosófica aderezable con prestigios surrealistas, nunca como curiosidad por los hablantes que se expresan en tal lenguaje. El socialismo de Paz, vagamente establecido como un "justo medio", una cumbre cimera desde la cual condenar las "abyecciones" de quienes no sean Octavio Paz, le permite malabarismos morales tan poco felices o claros como sus juegos de palabras.

Así, resulta que al final del camino, Paz ha satanizado todo lo que no es él mismo, y llega —Campeonísimo— como la única, divina Voz que cruzó por los pantanos sin mancharse, ascendió las cumbres sin sudar ni raspase las cardenalicias manos, navegó por las corrientes del siglo sin despeinarse ni desarreglarse la corbata, hasta llegar —Invictísimo— al hemicycle impecable. "Sus cargos son descargos", dice Paz de mis argumentos, reduciendo la sonoridad ajena a sus ecos verbales. *No: mi cargo sigue*: mi cargo es que Paz se ha *descargado* de lo riesgoso, de lo aventurero, de lo emocionante, de lo incierto tanto de la tradición como de las vanguardias culturales, para sólo beneficiarse con lo rentable. Mi cargo es que apuesta sobre virtudes seguras, especula con las posiciones medias porque estar en el justo centro permite acaparar los beneficios de toda la circunferencia.

4) "El blanco de Blanco son las estatuas". Algunas, nada más: repetidamente he manifestado mi admiración y mi gratitud por hombres como Carlos Pellicer, Luis Cardoza y Aragón, José Vasconcelos, Xavier Villaurrutia, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, José Lezama Lima, etc., cuya grandeza no oprime sino *estimula*; cuya gloria no es objeto de veneración sino fuente de *generosidad*. Nuevamente Paz contesta a una caricatura y no a un adversario. Quisiera encontrar un profanador de estatuas donde sólo hay un crítico concreto de, específicamente, la obra de Octavio Paz. Un crítico que, por otra parte, ha elogiado *abundantemente* otros muchos aspectos

rescatables de la obra de Paz, precisamente en el ensayo mencionado: "El espacio poético de los setentas". Escribí: "*La estación violenta*, un libro precioso y definitivo, una de las verdaderas utopías o ciudades invisibles que más cuentan en nuestra cultura." Antes había hablado de las ciudades invisibles de Calvino, las que aún estando en el infierno no son el infierno. Y si Paz miente al acusarme de haber interpretado *El mono gramático* como un desprecio por el "tercer mundo", también omite que señalé ese libro como "la mejor prosa mexicana de los setentas" y afirmé: "si el lector se acerca a Paz *sin devoción* ciertamente logrará los beneficios de su sensibilidad, de su temperamento, de su imaginación intelectual". Estos elogios no significan nada para Paz, quien sólo acepta el pasmo babeante como signo de admiración. Ni sé, ni me importa admirar así. Pero ni aun la propia insufrible vanidad de Paz, me impedirá seguir releiendo *La estación violenta* o *Cuadrivio*.

5) "El blanco de Blanco son las estatuas, pero hay que distinguir entre el picapedrero iconoclasta que las derriba y el perrito incontinente que se orina a sus pies." ¡Mole! Hasta en el Olimpo, a veces, se dan buenos golpes. Paz me conmina a un volado instantáneo, sin términos medios: una de dos, o lo derribo o meramente lo orino. Pero *no* le voy a resolver la disyuntiva; prefiero devolvérsela, pues hay también que distinguir entre los monumentos que permanecen con su oratoria, suntuosa grandeza, y los que por sí mismos, aunque no haya picapedreros, devienen otra cosa, como se ve en esta divertida cuarteta *Contra el Virrey Marquina, que sólo hizo una estatua, que nunca funcionó*:

Para perpetua memoria
nos dejó el Virrey Marquina
una pila en que se orina;
y aquí se acaba la historia.

Atentamente,
José Joaquín Blanco,
28 de diciembre de 1977, *Siempre!*, núm. 1279